

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

26 de septiembre de 1891

Núm. 204



MUJER DEL OASIS DE SYUAH

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

ESTÁ la cosa tan vacilante é insegura que no puede asegurar nadie lo que sucederá al otro día respecto á eso de la guerra. Hoy las noticias son *pesimistas*, ó, como decían antes, *de mal agüero*.

¡Quiera Dios que no nos hagan bailar también á nosotros, á pesar de que la opinión nacional se haya pronunciado con tanta claridad como energía á favor de la neutralidad! Porque es lo que le respondía no sé quién á otro *quidam*: —Yo no quiero meterme en política,—decía éste. Y le contestaba el otro: —Bueno: pues ya se meterá la política con V.

Y quien dice la política (¡uff!) dice Inglaterra, Francia, Alemania, etc.

¿Qué hacer entonces?

Si yo fuese Cánovas ó Sagasta, lo que haría sería estarme absolutamente quieto, y, si alguien viniese á molestarnos, apoyar al contrario del *molestador*, sin mirar si es franchute ó si es prusiano. Nuestros amigos serían los enemigos de nuestros enemigos.

Ahora, si nadie se metiese con nosotros, si á nadie se le antojase, pongo por caso, ocupar las Baleares, apoderarse de Rosas, escamotearnos Filipinas, anexionársenos Fernando Poo, ó ¡qué diablo! las mismas *islas Medas*. entonces quietecitos en casa y allá ellos.

Quiera Dios, sin embargo, que todo eso que digo se convierta en agua de cerrañas y podamos poner por comentario á las alarmantes noticias con que los periódicos no dejan pegar los ojos á los bolsistas:

... caló el chapeo, requirió la espada...

etcétera, que todo podría ser, después de todo, y mejor que mejor que fuese así.

Porque vamos á ver: ¿qué va á suceder después de la guerra, sea quien fuese el que resulte victorioso?

Prescindiendo de la inmediata consecuencia de resultar insertibles las *Geografías* actuales, ¡cuántos millones de muertos! ¡cuántas ruinas! ¡cuántas desesperaciones! ¡qué herencia de odios!

Y en seguida la *cuestión social*, surgiendo violenta y apremiante; Europa rendida al esfuerzo estúpido de la guerra, y los Estados Unidos riéndose á mandíbula batiente de nuestra dementada lucha y cegando todas las fuentes de riqueza desde el Báltico al mar Jónico y del Danubio al Atlántico, acabando con nuestra agricultura, con nuestra industria, con nuestras artes, con todo. ¡*Plaudite cives!* podrán decir entonces galos y teutones.

Os parecerán muy abstrusas y fuera de propósito mis palabras; pero yo os digo que penséis en lo que os dice hoy *Antoñito*. De resultas de esta guerra, gane quien gane, sonará el *Finis Europæ*, y los Estados Unidos se levantarán triunfantes sobre las ruinas. No me atrevo á decir que quizás se convierta en amenazadora potencia... *la China*. La raza amarilla espera pacientemente el día de su victoria sobre la raza blanca. No se crea que los amarillos hayan olvidado que hubo un Gengis Kan, y que en nuestra Iglesia se cantaba: *A furore tartarorum, libera nos, Domine*. Cuidado con esos *tartarorum*.

Y aquí da fin esta charla sobre alta política internacional. Como no se habla de otra cosa, era precisó hablar también, pues, al fin y al cabo, se trata de algo que interesa á todos.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LEJOS DEL HOGAR

(A MI QUERIDA AMIGA AMPARITO SÁNCHEZ, COMO TESTIMONIO DE FIDELIDAD
INVARIABLE)

Mi padre había dispuesto que yo le acompañara en un largo viaje que tenía que efectuar, y, llegado el día señalado para nuestra marcha, nos dispusimos á ella.

Era la primera vez que me iba á alejar del lado de mi querida madre, y por esto me hallaba muy disgustada.

Llegamos á la estación, y ésta, con motivo de fiestas en no sé dónde y estar por ello baratos los billetes de ferrocarril, estaba llena de gente.

Cuando llegó el tren, con no poco trabajo nos colocamos en un departamento.

Á las cuatro de la tarde, después de los ordinarios avisos, la locomotora emprendió vertiginosa marcha, arrastrando tras sí bastantes y bien repletos vagones, y yo di á mi familia el adiós de despedida.

La impresión que nos ocasionó la separación de los parientes y la tristeza que causa el alejarse del pueblo nativo nos hizo quedar tan abstraídos que apenas hablamos en lo que restó de tiempo hasta las nueve de la noche, á cuya hora próximamente me dijo mi padre:

—Hija, en esta estación para mucho el tren; de modo que, si quieres, podemos bajar á tomar algo.

—Bien,—respondí yo sin darme cuenta de lo que decía.

Había mucha gente en el andén, y con gran trabajo penetramos en el restaurant. Mi padre pidió café y yo chocolate, sin darnos la menor prisa; pues, por lo que un empleado había indicado á grandes voces, aun faltaban doce minutos para la salida.

Pero, apenas pasaron cinco, estridente campanada anunció la proximidad de la marcha del arrogante vehículo.

Salimos precipitadamente, y al llegar al coche en que antes fuéramos hallamos ocupados nuestros asientos. Ofuscados por la contrariedad en momentos tan críticos, cada uno salimos por un lado, y, cuando vi que empezaba á andar el tren y yo estaba en tierra sin ver á mi padre, me impresioné tanto que de fijo caí desmayada, pues cuando volví en mí estaba en una pequeña sala y en mi compañía tres jovencitas que se reían á más y mejor.

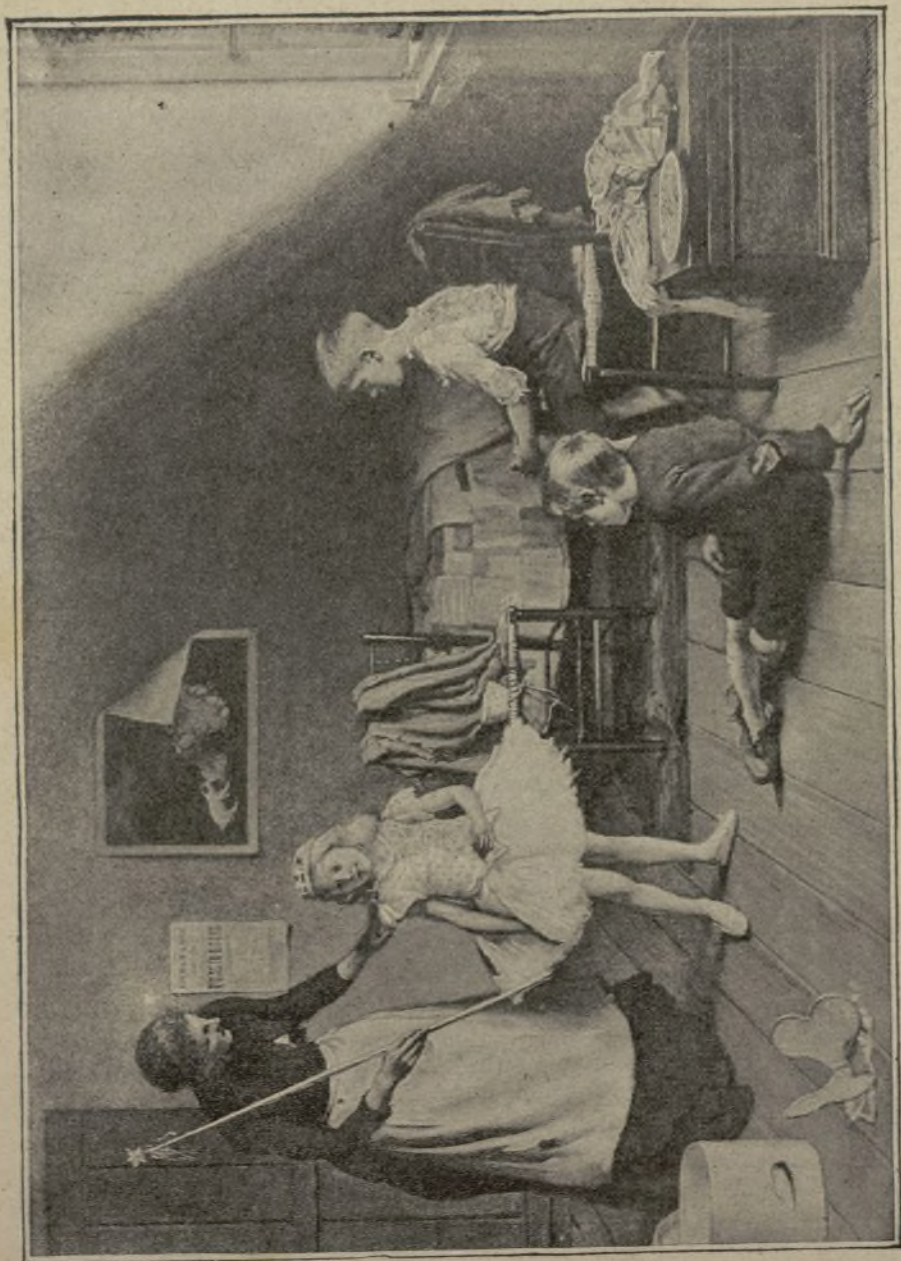
—¿Serían Vds. tan amables,—dije con toda la tranquilidad que me fué posible,—que me indicaran dónde estoy?

—¿No lo sabes?—me dijo la mayor de ellas con burlesco tono.—¡Pues es lástima, pobrecilla!

Al notar tan importuna contestación no pude reprimir un gesto de disgusto; mas, creyéndome obligada, volví á decir:

—¿Está aquí mi papá?

Entonces la más joven de mis desconocidas compañeras me dijo, no sin mofa:
—Nada: aquí no está ese caballero. ¿Le quería algo la viajera?



La maga



—¡Ya lo creo!—respondí.—Quiero verle conmigo.

La joven que hasta entonces nada me había dicho objetó, indicándome una pequeña mesita á cuyos lados estaban sentadas:

—Acérquese con nosotras.

Yo obedecí.

Una tempestad grande debía invadir el espacio, puesto que se veían y oían relámpagos y truenos. Yo estaba asustada y sin saber ni qué hacer ni qué me sucedía.

Por la conversación que mis nuevas conocidas sostenían pude saber que la mayor se llamaba Julia, la segunda Rosa y la más pequeña Ana.

De pronto me levanté, me quité el sombrero, que estaba hecho una lástima de estropeado, y me atreví á ponerlo en una silla. Después de pedir permiso y concedérmelo Rosa, me asomé á la única portada que tenía la habitación y vi que lo que precedía á aquélla era el andén de una estación. Entonces recordé todo y me impresioné grandemente.

Entré de nuevo y dije:

—¿Sería posible poner un telegrama á mi familia?

Las jóvenes dejaron oír una sonrisa que me llenó de angustia.

—¡Oh!—exclamé.—Tengan compasión de mí, de mis padres, y lo agradeceré eternamente. ¿Qué serían de sus padres si vieran á Vds. arrebatadas de con ellos? Consideren mi situación y ampárenme por ventura.

Julia y Ana se reían como dos locas. Rosa, aunque no dejaba á veces de chancearse, se mostraba más prudente que sus hermanas; pero ninguna me atendía: inútiles fueron mis ruegos.

Tanta indiferencia y tan marcada me hacía sufrir como no es decible, y para apartarme un momento siquiera de tan despreciables personas volví á asomarme á la puerta.

La tempestad parecía ceder.

Apenas me senté nuevamente, dijo Ana:

—Contar un cuento, que estamos aburridas.

—Cuéntale tú,—Julia añadió.

Signieron porfiando las tres, y, viendo que ninguna lo hacía, dije un tanto comedida:

—Si consienten Vds., quizás pueda satisfacerles.

—Bueno,—replicó afable Rosa, á la vez que las hermanas soltaron una carcajada.

Revistiéndome de una paciencia que jamás creí tener, les conté lo que sigue, improvisado por mí en aquellos instantes.

—En la bella capital de V. vivía un acaudalado matrimonio, y con él su única hija, llamada Luisa. Los señores de Barrad, cuyo apellido llevaban los protagonistas de mi cuento, eran sumamente aficionados á toda clase de diversiones; así que con frecuencia se las proporcionaban de todas clases.

Dispusieron una vez una partida de caza, y al efecto marcháronse á una quinta de su propiedad con algunos convidados, tanto mayores como niños.

En la segunda tarde de hallarse en el campo salió Luisa con sus amigas á caballo á dar un paseo.

Cuando más animadas iban Luisa y sus compañeras, aquélla sintió un ruido en el suelo, y, apenas intentó mirar á ver qué era, desistió inmediatamente de ello, pues tuvo que atender al brioso alazán que montaba, que había emprendido veloz carrera. Sin duda alguna liebre ú otro semejante animal, al sentir cerca el trote de los caballos, había echado á correr, y esto motivó que el corcel de Luisa se espantara.

Luisa cruzaba cerros y colinas sin darse cuenta, pues sólo atendía á sujetar al animal. La brega duró hasta que, dándose por vencida por el cansancio, Luisa fué tirada por el caballo, después de dos horas de lucha. Pero cayó con tanta fortuna que no se hizo el más leve daño.

Pasado largo rato, y con no poco trabajo, Luisa logró incorporarse; mas, al desconocer el terreno é ignorar, por tanto, dónde se hallaba, se sintió atacada de afligida emoción. Procurando dominar ésta, púsose de pie, y, después de andar por espacio de algún tiempo, distinguió, no muy lejos de donde se encontraba, los muros de un castillo.

Con gran trabajo y esfuerzos ímprobos logró llegar á la entrada del edificio, en cuya puerta principal hacían guardia dos hombres. Uno de ellos era anciano, el otro joven. El primero dijo á Luisa con bondadoso acento:

—¿Dónde vais?

—¡Ah!—respondió la chica.—Donde la caridad me ampare.

Sorprendidos de tal respuesta los centinelas, se miraron asombrados; mas al fin prorrumpió el más joven con desagradable tono:

—No es este el lugar más á propósito para conseguir vuestro objeto: los condes no se tomarán la molestia de escucharos.

Una severa mirada del compañero hizo que el que lo anterior dijera se callara, objetando el anciano, extrañado de que, llevando Luisa tan buenos vestidos y ostentando no menos admirables modales, se hallase en aquella situación:

—¿Qué causa ha dado lugar á que aquí os veáis sola?

Entonces la hija de los Barrad refirió al viejo lo que le había sucedido.

—Seguidme,—dijo aquél cuando concluyó su relato Luisa.

Esta obedeció.

Subieron algunas escaleras, y después llegaron á una espaciosa galería. Allí dijo á Luisa su acompañante que esperara, y él desapareció por una anchurosa portería.

Al poco rato volvió el bondadoso anciano, conduciendo á Luisa á una sala donde estaban los condes de Port-Feu, propietarios de aquel palacio.

Luisa, que sólo pensaba en el pesar que á sus padres afligiría, al ver á aquel caballero de venerable y bondadoso aspecto al lado del no menos amable de una señora, corrió á los pies de los condes de Port-Feu, pues tales eran, diciéndoles con suplicante acento:

—Señores: vuestro aspecto dice claramente que guardáis en vuestros corazoncillos la vivificadora semilla de la caridad. Ténganla, pues, de mí.



VENDEDORA DE VIOLETAS
Ayuntamiento de Madrid



FAMILIA IMPERIAL DE RUSIA
Ayuntamiento de Madrid

Los condes sabían por el criado que acompañó á Luisa lo que á ésta ocurría, y se hallaban notablemente emocionados; mas, no obstante, mostráronse rígidos con ella por ver si amaba bien á sus padres, y le respondió el conde con adusto acento:

—Sabemos lo que te sucede. Alza, pues, del suelo y cuenta con una silla bajo techo para pasar la noche.

Luisa volvió á decir:

—En lugar de concederme ese favor, ocupándose Vds. de mí, ¿no podrían enviar á mis padres un recado diciéndoles dónde estoy? Yo por mí no molestaría la atención de Vds.; pero ¡ah! ¡mis padres sufrirán tanto al verme perdida!

Con estas y otras análogas expresiones Luisa conmovió tanto á los condes, que la condesa dijo enternecida:

—No te aflijas más, querida niña: pronto tus papás sabrán dónde estás, pues mientras nos has dirigido tus tiernas súplicas no sé si habrás notado que mi esposo salió de esta habitación en cuanto te oyó los nombres y residencia de tus padres para ordenar que fueran á participarles dónde estás. Pronto sabrán tu paradero y mañana te reunirás con ellos. Ahora ven conmigo.

Solicita la condesa, llevó á Luisa al comedor, y, después de hacerla cenar algo, la condujo á un lujoso aposento, diciéndole que era el destinado para que pasara la noche.

Luisa no acertaba á demostrar su inmensa gratitud, y, considerándose feliz en medio de su desgracia, durmió tranquila, como el que cumple sus más sagrados deberes. Y cierto era, puesto que había hecho cuanto le fué posible por volver la tranquilidad á sus amados padres.

Al siguiente día Luisa se reunió con aquéllos, é inútil creo decir la alegría que todos, y muy particularmente los señores de Barrad, experimentaron al saber el proceder que su hija querida había observado lejos de ellos interesándose tan íntimamente por su bienestar.

Despidiéronse los Barrad de los condes, no sin ofrecerles Luisa amistad sincera y eterno reconocimiento.

Luisa y sus padres celebraban haber dado con los condes en aquella infortunada ocasión, pues no era fácil, en el caso que la primera se había hallado, dar con tan buenos corazones; pero no menos satisfechos quedaron los condes al ver el bien que había reportado su obra de caridad.—

Así adreecé mi narración.

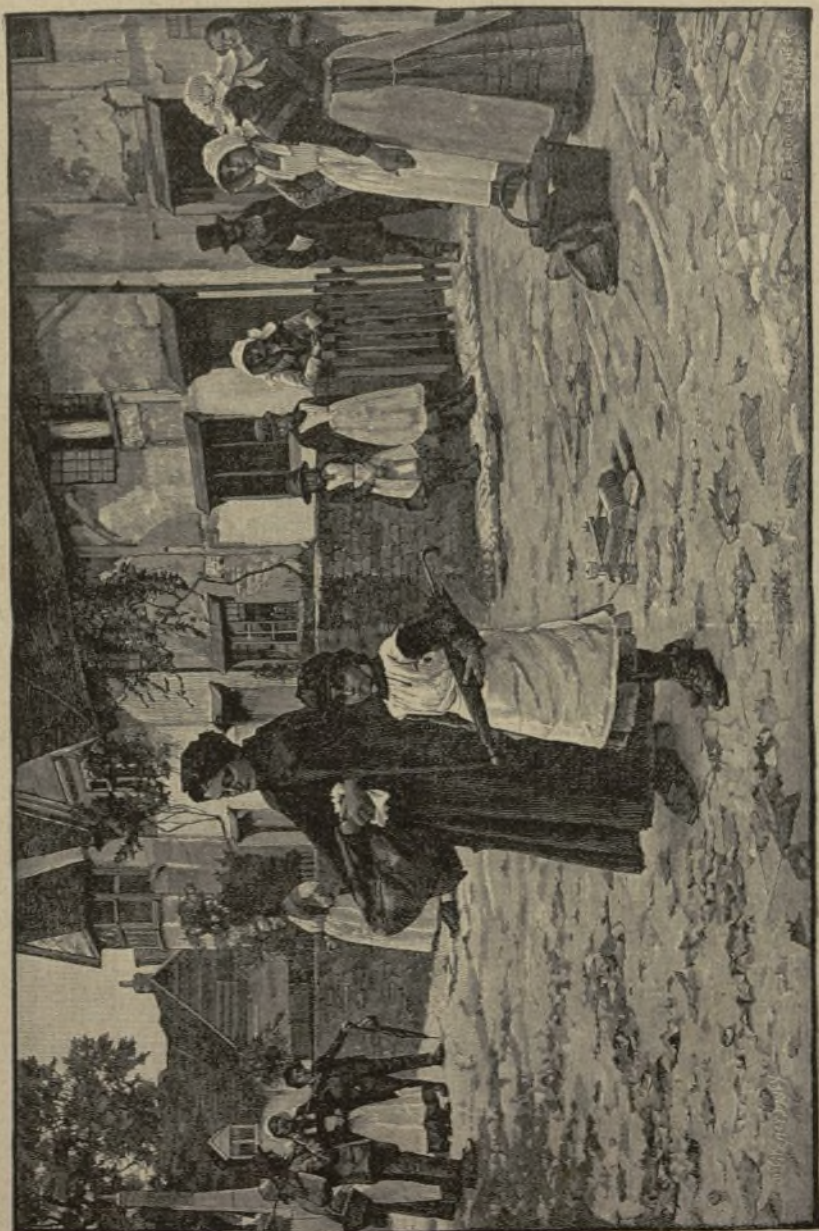
En otras circunstancias quizá mi cuento no hubiera llamado la atención de Ana y sus hermanas; pero entonces sí: noté que habían variado completamente de semblantes.

Me aseguraron que les había agradado mucho la historieta, y Rosa, que fué la más consecuente desde el principio para conmigo, indicó, después de observar la esfera de un reloj que había colgado en una pared:

—Son las doce.—Y dirigiéndose á mí:

—Si no tiene inconveniente, tendré sumo gusto en que pase conmigo la

noche. Ya no es posible hacer nada en favor para sus padres hasta mañana; peor no desespere, que todo se arreglará.



Despedidas

—Sí,—añadió la poco antes adusta Ana;—no se disguste, que le prometo que mañana han de saber sus padres dónde está.

—¿Ha cenado?—me dijo Julia con acento cariñoso.

Ayuntamiento de Madrid

—No,—respondí;—pero no tengo ganas. No se molesten Vds. en nada para conmigo. ¡Cuánto siento ocasionarles tanta molestia!

—No es ninguna,—prosiguió Rosa;—sólo sentimos su intranquilidad.

Tanta bondad me confundía; pues, aunque el cuentecillo fué un invento mío para ver si conseguía ablandar algo aquellos empedernidos corazones, nunca me imaginé conseguir tan lisonjero éxito. Celebré muchísimo la idea.

A extremosas instancias de mis nuevas amigas me acosté con Rosa, pensando en la intranquilidad de mi padre, puesto que la demás familia nada sabía del suceso.

¡Cuánto rogué á Dios por que me volviera á mi amado hogar!

Rendida por los sufrimientos que me producían las tristes ideas que cruzaban por mi cerebro, pude, muy entrada la noche, conciliar el sueño.

Apenas el crepúsculo matutino doraba las cúspides de las montañas, cuando un fuerte rugido me hizo despertar sobresaltada, y, cediendo á un impulso cuyo efecto no sé á qué obedecía, bajéme de la cama y me asomé á la ventana de la habitación. Y ¡oh asombro indescriptible! un tren se detenía en aquel instante delante de la estación, y en una ventanilla de un coche vi á mi padre.

Creí que soñaba, y para convencerme de la realidad me restregué bruscamente los ojos.

Cerciorada de que estaba completamente despierta, mi primer arranque fué correr al encuentro de mi querido padre; mas, notando que sería una imprudencia, me vestí apresuradamente, y antes de tres minutos salí de la habitación, quedando mis compañeras profundamente dormidas.

Recorrí impaciente algunos pasillos y oficinas, y al fin en uno de aquéllos di con mi padre.

Los dos experimentamos, como era natural, íntima alegría. Luego que nos contamos cuanto había ocurrido durante el tiempo que estuviéramos separados, no sin ocultar yo á mi padre las burlas de que fui objeto al principio de hallarme allí, volví á la estancia donde la noche pasé, y, al ver que mis amigas estaban levantadas y Rosa se disponía á buscarme, contéles cómo me había reunido con mi padre y les demostré mi extensísima gratitud de la manera que más comprensiblemente pude hacerlo.

Mi padre, por su parte, no sabía cómo manifestarles el reconocimiento más verdadero, pues todo le parecía poco.

A media mañana salimos en un tren para continuar nuestro interrumpido viaje.

Entonces desperté, y ¡cuán gratísima me fué, después de tantas angustias, la dicha de ver la amante sonrisa de mi adorada madre que, gozosa, contemplaba mi, al parecer, tranquilo sueño!

SOLEDAD MARTÍN Y ORTIZ DE LA TABLA

Ayuntamiento de Madrid



NUESTROS GRABADOS

MUJER DEL OASIS DE SYUAH

Ahí va otro tipo del oasis de Syuah, de cuyo país hablamos ya en números anteriores.

LA MAGA

Una maga muy bonita, que por de pronto deja llenos de admiración á sus hermanitos, y obtendrá, sin duda, una grande ovación así que salga á las tablas del teatrito del colegio, donde se representa una ingeniosa comedia de magia.

VENDEDORA DE VIOLETAS

¡Qué tipo tan diverso del de ciertas descocadas ramilleteras! Verdaderamente esa vendedora de violetas ofrece la realización del ideal en su género: tanta es su modestia, acompañada de suavísima belleza.

FAMILIA IMPERIAL DE RUSIA

Hoy, que tanto se habla de *la Rusia*, es oportuna la publicación de ese grupo, en que aparecen los retratos de tan ilustre familia.

DESPEDIDOS

Lamentable escena, que habla muy poco en favor de las buenas entrañas del casero y de la caridad de los ex convecinos de esos dos infelices. El hecho está asaz vivamente expresado por el artista para que debamos insistir en la tristeza del suceso.

Ayuntamiento de Madrid

PESCADORES DEL MAR DEL NORTE

En todas partes ofrece iguales rasgos la vida del heroico pescador: ardiente amor á la familia, temeridad en arrostrar las cóleras del mar, abnegación sin límites y una honradez que no tiene superior en las otras profesiones de la vida.



ASTRONOMÍA

(Conclusión)

Las manchas podrían explicarse por los claros formados en el seno de las nubes luminosas de la fotosfera.

Esta, no siendo continua, podría ser determinada por una capa de oxígeno. Por debajo se operaría la reducción de las materias oxidadas, que, después de haber irradiado algún tiempo, llueven hacia el interior, y más abajo todavía, en las capas más calientes, se acabaría la descomposición. De esta manera una provisión limitada de oxígeno serviría ilimitadamente para alimentar el juego de las descomposiciones y combinaciones sucesivas de que resultan las corrientes.

En la fotosfera misma, donde la acción química produce condensaciones súbitas acompañadas de un gran desprendimiento de calor, la disociación es muy vecina de la combinación. Cada molécula de esas nubes de fuego podría muy bien hallarse momentáneamente rodeada de una capa de sus propios elementos en estado libre y gaseoso, formando pequeñas atmósferas menos calientes que las materias fijas que rodean.

Respecto al núcleo solar, todas las probabilidades están en que debe ser líquido y no gaseoso, como cree M. Faye. Y en efecto: la densidad media de dicho núcleo es superior á la cuarta parte de la de la Tierra, la cual, á su vez, es igual á cinco veces la del agua. Si consideramos ahora que las capas superpuestas van aumentando de densidad desde la superficie al centro, se verá que la densidad media del astro es mucho mayor que la del agua. Por otra parte, aun cuando esta densidad no fuera la del agua, respondería á una presión de 1,000 atmósferas, y sabido es que el gas hidrógeno, sometido á una presión de 400 de ellas, no se desprende, aun cuando esté todo dispuesto para ocasionar su producción. Si añadimos á esto que todas las densidades de



Pescadores del mar del Norte

los vapores determinadas hasta hoy son mucho más débiles que la densidad del agua, nos encontraremos apurados para admitir un núcleo solar gaseoso.

Por lo que hace á las cubiertas hidrogenadas, es decir, á la cromosfera y la corona, es difícil pronunciarse respecto á su naturaleza. Es evidente, en efecto, que el oxígeno inflamado en el hidrógeno dará los mismos resultados

Ayuntamiento de Madrid

ópticos que el hidrógeno inflamado en el oxígeno. Esta observación se aplica á todas las llamas, directas é inversas.

¿De qué está formado el núcleo solar? Todos los elementos que constituyen el globo terrestre se encuentran también, como ya sabemos, en los otros cuerpos celestes. Ahora bien: si descomponemos un rayo del Sol, ó de otro cualquier cuerpo luminoso, por medio del prisma, obtendremos lo que se llama el *espectro solar*, el cual nos revelará la existencia de metales en dichos cuerpos, descubrimiento verificado por los Sres. Bunsen y Kirchhoff en 1860. Cada metal puede reconocerse por la raya colorida y especial que traza en el espectro.

Tal raya, tal metal. Por este medio ha sido fácil discernir hasta diez millonésimas de miligramo de sustancia metálica en casos en que no se sospechaba en manera alguna su presencia. Estas rayas figuran á millares en el espectro.

Los líquidos y los sólidos en incandescencia ó en combustión dan un espectro continuo, mientras que los gases en incandescencia dan espectros discontinuos, esto es, formados por fajas luminosas separadas por largos intervalos oscuros.

Cuando los gases no son bastante calientes para llegar á la incandescencia, absorben los rayos que emiten cuando llegan á ponerse en dicho estado, de lo cual resulta que las fajas luminosas precedentes son reemplazadas por rayas negras: los espectros están invertidos.

Los gases y vapores que no están bastante calientes para ser luminosos, y en los cuales flotan nubes, polvos ó vapores luminosos, dan un espectro continuo sembrado de rayas negras: es también un espectro invertido.

Teniendo, pues, en cuenta esos datos, y en vista de lo que resulta del examen de los bordes del Sol, hay que admitir que la fotosfera solar es una atmósfera gaseosa en la cual flotan nubes sólidas y líquidos luminosos. Según el P. Secchi, existiría en la atmósfera solar, en la vecindad de las grandes manchas, vapor de agua.

El análisis espectral ha permitido reconocer la presencia en el Sol de los seis metales siguientes: sodio, hierro, níquel, cobre, zinc y bario. No hay ninguna señal de oro, plata, plomo, etc. Con todo, dada la constitución del Sol, es fácil que estos metales, como más pesados que los otros materiales, se hayan precipitado en el interior del núcleo, con cuyo motivo se encontrarían en las partes centrales del astro. Los movimientos ascendentes no tendrían bastante fuerza para llevar estos metales derretidos hasta la superficie, y, por lo tanto, su peso les haría volver á caer hacia el centro.

L. DE LOS C.

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molins, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 38, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid